

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo VII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1971

S U M A R I O

	<u>Páginas</u>
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Patronato y Junta Directiva	9
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1970, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	11
ESTUDIOS	
Algunos aspectos referentes al abastecimiento de carne a la Villa de Madrid (1481-1877), por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	19
Historia y descripción del Camarín de reliquias de El Escorial, por <i>Gregorio de Andrés, O. S. A.</i>	53
La Carrera de San Jerónimo, por <i>Carmen Rubio Pardos</i>	61
El Alcázar y no la Torre de los Lujanes fue la prisión madrileña de Francisco I de Francia, por <i>Amada López de Meneses</i>	121
La Casa Eraso (Casaras) del Puerto de la Fuenfría, por <i>Gregorio de Andrés, O. S. A.</i>	149
La pintura en tres iglesias madrileñas: Comendadoras de Alarcón, San Plácido y Parroquial de San Martín, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	155
Iglesia de Alpajés, en Aranjuez, por <i>Ana María García Páramo</i>	173
Estudio y Catálogo del vestuario escénico en las personas dramáticas de Calderón, por <i>Manuel Ruiz Lagos</i>	181
El proyecto de Ardemáns para la Basílica Pontificia de San Miguel, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	215
Aspectos del vivir madrileño durante el reinado de Carlos II, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	229
Asociaciones piadosas madrileñas del siglo XVIII (Descripción bibliográfica de sus Constituciones), por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	253
Catálogo de las Socias de honor y mérito de la Junta de Damas Matritense (1787-1811), por <i>Paula de Demerson</i>	269
Abastecimiento de carbón en Madrid de 1797 a 1800, por <i>M.ª Nieves Ramos Torre</i>	275

	<u>Páginas</u>
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	313
La Casa-Palacio de los Mariscales de Castilla, por <i>José del Corral</i>	333
Problemas y personajes de la Sala de Alcaldes en 1791, por <i>Antonio de P. Ortega Costa</i> y <i>Ana M.ª García Osma</i>	347
En el estudio de Esquivel. Una imaginaria reunión que ha pasado a la historia, por <i>Enrique Pardo Canals</i>	357
Breve historia de la Biblioteca del Ateneo de Madrid, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i>	383
El Atlas de España y sus talleres de grabado (Empresa Madoz-Coello), por <i>José Gómez Pérez</i>	401
Relojes y relojeros del Ayuntamiento de Madrid en el siglo XIX, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	421
Servicios y actividades culturales del Ayuntamiento de Madrid, por <i>Antonio Aparisi</i>	453

BIBLIOGRAFIA

Bibliografía de Madrid y su provincia (Continuación), por <i>José Luis Oliva Escribano</i> .	469
Madrid en los libros, por <i>Juan Sampelayo</i>	487

MATERIALES DE TRABAJO

Quisquilia, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	501
--	-----

BREVE HISTORIA DE LA BIBLIOTECA DEL ATENEO DE MADRID

POR FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

¿Tuvo biblioteca aquel primer Ateneo Español, nacido en Madrid el 14 de mayo de 1820, en un viejo caserón de la calle de *Atocha*, frente a la de *Relatores*, «con el único fin de discutir tranquilamente cuestiones de Legislación, de Política, de Economía y, en general, de toda materia que se reconociera de pública utilidad, a fin de rectificar sus ideas los individuos que lo componían, ejercitándose al mismo tiempo en el difícil arte de la oratoria, llamar la atención de las Cortes o del Rey con representaciones legales en que la franqueza brillara al par que el decoro, y, por último, propagar por todos los medios los conocimientos útiles»?

Cabe sospechar fundadamente que la tuviese, siquiera reducida de volúmenes en modesta y oscura sala, pues aquel primitivo Ateneo, apellidado por sus ilustres fundadores «Sociedad Patriótica y Literaria», guardó al menos los libros regalados por sus muy cultos socios; autores algunos de éstos de muchos de aquéllos. Y puede concebirse un *patriotismo lego*; pero en modo alguno unos *afanes literarios* sin lugar adecuado donde nutrirse y proliferar. Además: en los Estatutos fundacionales —el Reglamento quedó aprobado el 18 de septiembre de 1820— se decía que «se instara a las personas de ambos sexos, distinguidas por su ilustración» para que enviaran libros y dieran conferencias. Y, como prueba aún más decisiva de la existencia de una biblioteca en aquel primitivo Ateneo Español, ésta: que cuando fue inaugurado —1835— el nuevo Ateneo Científico, Literario y Artístico, por expreso deseo de uno de sus fundadores, don Salustiano Olózaga, «fueron llevados a él algunos muebles, libros y objetos pertenecientes al Ateneo de 1820, guardados en las oficinas del Palacio Real por orden de Fernando VII, muy empeñado en que desaparecieran todos los vestigios de aquella sociedad patriótica (liberal) y lite-

raría» *. Y basta recordar los nombres de algunos de los ilustres españoles que fundaron aquel Ateneo en el viejísimo caserón de la calle de *Atocha*; general Castaños, don Antonio Alcalá Galiano, don Salustiano Olózaga, el futuro duque de Rivas, el duque de Frías, Flórez Calderón, Ferraz..., para comprender que personas tan amantes de la cultura no pudieron prescindir de una biblioteca, *base cultural* de cuantos profesores ocuparon las cátedras fundadas en aquel centro.

Pero... ¿se sabe algo concreto de esta biblioteca? Nada. Por ahora debemos conformarnos con las meras y lógicas presunciones. El Ateneo Español, Sociedad Patriótica y Literaria, quedó clausurado por los polizontes expeditivos al imponerse —1823—, corregido y aumentado, el absolutismo fernandino. Fuera o no continuación de este Ateneo Español, pero con distintos fines, el Ateneo Científico, Literario y Artístico fundado el sábado 31 de octubre de 1835, e inaugurado el 6 de diciembre del mismo año, y que tuvo su primer domicilio en el viejo palacete de Abrantes, calle del *Prado*, 28, esquina a la de *San Agustín*, ya poseyó —y nos es conocida— una biblioteca «bastante nutrida y selecta», tal y como ordenaban los Estatutos aprobados el 2 de enero de 1836. ¿Cómo se formó esta biblioteca, que llevaba aparejado un gabinete de lectura? Nos lo va a contar don Rafael María de Labra, ateneísta ilustre por muchos conceptos, entre ellos el de haber sido presidente de tan importante institución cultural.

«Como círculo literario el Ateneo procuró establecerse y echó los fundamentos de un gabinete de lectura y de una biblioteca, que han llegado a ser nombrados en la España de nuestros días. A los comienzos no parecía posible que en las mesas del Ateneo figurasen muchos periódicos españoles supuesto que ni la prensa de entonces debía llamar la atención por el número de sus órganos, ni los recursos del nuevo círculo habían de bastar a todas las exigencias. Sin embargo, en este punto desde el primer día rayó el Ateneo a grande altura, coincidiendo con esto la circunstancia de ser en aquellos años considerable y extraño el número de periódicos que en nuestro país se publicaron: la *Gaceta*, el *Diario de Avisos*, *El Español*, *El Eco del Comercio*, *El Independiente*, *El Patriota*, *El Constitucional*, *El Mundo*, *El Duende Liberal*, *El Castellano*, *El Madrileño*, *La Estafeta*, *El Noticiero*, *El Boletín de Medicina*, *El Actate*, *El Matamoscas*, *El Zurriago*, *El Semanario Pintoresco*, *La Revista Europea*, *La Revista Nacional* y *El Amigo de la Religión* —todos de Madrid—; *El Vapor*, de Barcelona; *El Noticiero*, de Cádiz; *El Turia*, de Valencia, y *El Boletín Oficial*, de Alava. He aquí los periódicos españoles que en 1836 y 1837 se hallaban en la mesa del Ateneo. A su lado *Le Journal des Debats*, la *Gazette de France*, *Le National*, *La Presse*, *Le Constitutionnel*, de París; *Le Phare*, de Bayona; *The Times* y *The Morning*

* Pero el ateneísta y gran escritor y político don Angel Fernández de los Ríos, en su *Gula de Madrid*, asegura que «el mobiliario y archivo del Ateneo lo recogió don Pablo Cabrero en su casa Palacio de la Platería de Martínez y lo devolvió.»

Chronicle, de Londres; *O Diário do Governo*, de Lisboa, y las revistas extranjeras *La Revue Britanique*, la *Revue de Paris*, *L'Europe Littéraire*, *Edimbourg Review*, *The Atheneum*, *Le Journal des Savants*, *Annales des Sciences Naturell*, *Annales du Musée*, *Le Voleur*, *L'Artiste* y la *Sciences Phisiques*.

Es decir, 25 periódicos españoles, cuya suscripción mensual costaba unos 400 reales, y 21 extranjeros, por los que se pagaba 650 reales al mes. En suma, 46 periódicos, cuyo coste anual subía a 12.600 reales. La biblioteca contaba para su formación con los donativos de los socios (que desde los primeros días los hicieron, iniciando esta recomendable práctica en 1836, don Juan Mieg, que donó dos obras de botánica e historia natural, y en 1837 don Antonio Rotondo, que entregó la traducción de las *Memorias* de Silvio Pellico, y don Juan Miguel de los Ríos, que regaló su *Follelin Histórico*) con una asignación de 3.000 reales al año de los fondos sociales. Después obtuvo (en 1838) del Gobierno una real orden para recibir gratis de la Imprenta Nacional un ejemplar de cada una de las obras de su surtido (lo que produjo 200 libros) y otra concesión de todos los ejemplares duplicados que resultaran de la fusión de la Biblioteca de las Cortes, los conventos suprimidos y la Biblioteca Nacional.

Por este camino el Ateneo pudo contar a fines de 1838 con cerca de 800 volúmenes; al siguiente año éstos eran 1.000; al otro, llegaban a 1.277; y el aumento no cesó en los posteriores, merced muy particularmente a la solicitud excepcional del señor Mesonero Romanos, que desde 1837 hasta 1840 vino desempeñando el cargo de bibliotecario, y que en 26 de diciembre del primero de aquellos años hizo y presentó el primer Catálogo de la Biblioteca del Ateneo. El crecimiento hubiera sido mayor, a aceptar las proposiciones del señor Roda para la adquisición de una biblioteca de 600 volúmenes, pero los fondos de la Sociedad no permitían en 1837 hacer frente a un desembolso de 20.831 reales (18.451 por los libros, y 2.370 por tres estantes de caoba), a pesar de que el pago se habría de realizar en cuatro años, como no permitieron en aquella misma fecha adquirir por 1.000 reales una magnífica máquina eléctrica.»

Hubiese sido magnífico que don Ramón de Mesonero Romanos, el primer bibliotecario —y el mejor, hasta hoy— que tuvo el Ateneo, nos hubiese dejado en sus *Memorias de un setentón* noticias muy concretas del desarrollo de dicha biblioteca; pero limitó sus referencias a decirnos que a los seis meses de inaugurado el Ateneo en la casa número 28 de la calle del *Prado*, locales cedidos generosamente por el impresor Jordán, amigo de don Ramón, ya hubo que trasladarle, para evitar perjuicios al noble impresor, al cuarto principal de la casa frontera, número 27, «que por su pequeño espacio y mezquina distribución no se prestaba a ser convertido en centro de tan importante reunión». A punto de desaparecer el Ateneo, sólo el tesón de Mesonero Romanos logró la colaboración de Olózaga —jefe político de Madrid— «para trasladarlo a otra casa mayor (calle de Carretas, número 27), y establecer en grande escala el salón de lectura, la biblioteca y, sobre todo, las *cátedras públicas*, regentadas por las primeras notabilidades de la época».

No me ha sido posible examinar —si es que existe— el ejemplar del Catálogo de la Biblioteca del Ateneo compuesto por Mesonero Romanos. Pero sí he consultado otro, todo él manuscrito y en muy clara letra, que me parece copia del de Mesonero. Lleva fecha de 1842, tiene tamaño folio, comprende dos tomos, tamaño folio, encuadernados y con unas quinientas hojas cada uno. Llevan esta signatura: F.14.512-14.513. El tomo I empieza con esta ficha: ABARCA, P. Maestro Pedro de: *Anales Históricos de los Reyes de Aragón*, 1.ª parte, Salamanca, 1684. Y termina con esta otra: GUZMÁN, Fernán Pérez de: *Crónica del Rey don Juan II*. Valencia, 1779. El tomo II empieza: HALLAM, Henry: *Wiew of the State of Europe auring the Middle Ages*, París, 1840 (bien «tiernecita» la adquisición de esta obra), y termina: ZURRIAGO, EL, periódico satírico, Madrid, 1841.

El aumento extraordinario de socios, de asistentes a los actos públicos y cátedras de curso, de libros y de periódicos, obligó a un nuevo traslado del Ateneo. «A fines de 1837 —escribe Mesonero Romanos en sus *Memorias*— ya volvía a dominar en la esfera del Gobierno el Partido moderado, que había aceptado la Constitución hecha con sus ideas por el progresista; y el Ateneo, eligiendo para su presidente a Martínez de la Rosa en competencia con Olózaga, lo indicaba claramente. Aquel ilustre patricio tomó a pecho el engrandecimiento de la Sociedad, e impulsó, entre otras medidas, la mudanza de la casa, o sea la traslación a la *de la plazuela del Angel*, número 1, propia del marqués de Falces (y llamada «del Consulado»), quien para ello se entendió exclusivamente conmigo, y aun quiso que a mi nombre se verificase el arrendamiento. Allí, con más amplitud, fue donde empezó a moverse el Ateneo en ancha esfera, tanto bajo su aspecto académico o doctrinal de las cátedras y de las discusiones científicas y literarias como en la de su comodidad y recreo, salón de lectura, biblioteca y salas de amenísima tertulia.

En este nuevo local —cuya «hermosura» alabada por el buen don Ramón sólo podía admitirse comparándolo con los locales anteriores— la Biblioteca ocupó dos amplias salas y otras dos el gabinete de lectura. Para evitar confusiones debo aclarar que el llamado gabinete de lectura equivalía a las hoy salas de lectura, llamándose biblioteca a los depósitos de libros.

El Ateneo volvió a mudarse —por habérsele quedado chico una vez más «el traje local»— en el otoño de 1848. Y se estableció en el número 22 de la calle de la *Montera*, precisamente en los pisos enormes que habían servido para las oficinas del famoso Banco de San Carlos. Ya por estas fechas, el Ateneo gastaba en libros de treinta mil a treinta y cinco mil reales al año. Presupuesto que llegó, en 1870, a noventa mil. Y por las *Memorias* anualmente impresas, redactadas por los secretarios primeros del Ateneo, sabemos que

en 1839 la Biblioteca recibió por donativos y compras dos centenares de volúmenes (secretario don José María Monreal); en 1840 (secretario don Fernando Alvarez), cerca de cuatrocientos volúmenes; en 1843 (secretario el mismo don Fernando Alvarez), más de quinientos y un centenar de diarios y revistas; en 1844 (el mismo secretario), un millar de libros y otro centenar de periódicos; en 1846 (secretario don José Joaquín Mateos), un millar de volúmenes..., «la mayor parte de los cuales fueron encuadernados». En 1847, último año del Ateneo en su local de la *plaza del Angel*, siendo secretario primero don José García Barzanallana, y bibliotecario don José de Grijalva, la *Memoria* es más precisa: cita los libros y folletos adquiridos o regalados con sus títulos y autores. La lista de obras ingresadas se repite en la *Memoria* del año 1848, primer año de la etapa ateneísta en la calle de la *Montera*.

Y resulta sumamente curiosa la advertencia preliminar redactada por el bibliotecario en dicha *Memoria*:

«La Biblioteca, enriquecida sucesivamente por la diligencia y acertada elección de todos los señores que han tenido encomendado este departamento del Ateneo, acaba de recibir durante el encargo de la Junta actual los aumentos que han sido posibles. Si bien sus individuos hubiesen deseado invertir en la compra de libros las mismas o aproximadas sumas que en los años anteriores, han tenido que atemperarse lo meramente preciso para ocurrir así a gastos extraordinarios de inmediato y perentorio pago, y no exponer a esta asociación, asegurada con cabal crédito, al amago o posibilidad del *déficit*. Ya en el primer semestre de este año, en cuyo tiempo estuvo la biblioteca a cargo de nuestro digno amigo don José de Grijalva, se adquirieron algunas obras de jurisprudencia castellana, necesarias para esclarecer las cuestiones oscuras o complicadas sometidas al examen de los tribunales, y propias para ir formando colección de nuestros graves y respetables jurisconsultos. También en su tiempo algunos autores y editores regalaron publicaciones de que la Junta General tendrá después conocimiento

Desde los primeros días de su encargo tuvo la Junta de Gobierno que fijar su atención en los medios más convenientes de trasladar el Ateneo desde su antiguo local al que ocupamos en este momento; y una de las operaciones prolijas que procuró realizar con regularidad y esmero fue el transporte de los libros y demás utensilios de la Biblioteca. Construidos los estantes para un lugar determinado, fue necesario deshacerlos completamente y acomodarlos al nuevo salón con algunas variaciones. Los libros, transportados con sumo cuidado para evitar su deterioro y extravío, fueron colocados con igual orden. Los estantes han sido además numerados con tarjetones que prestan adorno y simetría, y pueden servir para clasificar las obras y haberlas a la mano sin confusión.

A pesar de las atenciones extraordinarias a las cuales ha sido necesario satisfacer, la Junta de Gobierno habría faltado a las condiciones de delegada de una corporación científica y literaria si se hubiese abstenido de consignar en la Biblioteca alguna memoria suya. Con este motivo ha adquirido una colección de clásicos latinos, de bella, clara y económica edición, en cuyos volúmenes pueden admirar los señores

ateneístas las calidades de los célebres y maravillosos ingenios que crearon aquel fondo de sabiduría y aquellos tipos de buen gusto que llamamos civilización antigua, y cuyos reflejos prestan muy claro resplandor a la moderna. No limitada a esto la nueva Junta, ha comprado una obra moderna de Jurisprudencia, por cuya adquisición habían mostrado interés algunos concurrentes; otra de historia griega y latina, tan rara como apreciable, y por último algunas otras castellanas que contienen narraciones de las glorias españolas, o que merecen un lugar señalado en el catálogo de las publicaciones de nuestros buenos hablistas. También algunos señores han regalado obras literarias publicadas recientemente, mereciendo por ello el agradecimiento del Ateneo.

La Junta, deseosa además de que no carezcan los señores socios de los alicientes ni de los pasatiempos que han buscado siempre en el gabinete de lectura, cuidó de renovar a principios del mes actual las suscripciones a periódicos y revistas de España y del Extranjero, suprimiendo alguna que otra publicación que pasaba desapercibida de un mes para otro sin excitar ningún linaje de curiosidad, y reemplazándolas con otras que, en opinión de la Junta y de muchos lectores, merecen obtenerse por su amenidad o por el interés de sus noticias literarias y políticas.»

Los párrafos transcritos de la Memoria anual correspondientes a 1848 tienen a mi entender gran importancia porque nos descubren algunas noticias de capitalísimo interés para una biblioteca de entidad cultural. Entre ellas la de ser norma la adquisición por la Biblioteca de aquellos libros por los que manifestaban interés *cierto número* de señores socios; y la de haberse adoptado un lógico señalamiento en la colocación de las estanterías. Como curiosidad añadiré que las obras regaladas al Ateneo en 1848 fueron ¡23! Y las compradas... ¡22! Claro está que entre éstas estaba la famosa «Colección de Clásicos Latinos» —bilingüe— dirigida por Nissard, que sumaba ¡13 volúmenes! Entre las obras compradas también estaba una decorosa edición del celeberrimo *Buscapié* (¡pura invención ingeniosísima de don Adolfo de Castro, que éste publicó como obra inédita, y desconocida, de Cervantes), catalogada como... ¡obra de Cervantes! Con «el agravante» de ser don Adolfo de Castro socio del Ateneo y haberla recomendado él para su adquisición, ya que había sido publicada aquel mismo año de 1848. También resulta curioso conocer que en 1848 la cantidad consignada en el presupuesto del Ateneo para la adquisición de libros y revistas era de... ¡16.151 reales y 29 maravedises!

¿Cómo era la nueva Biblioteca del Ateneo en el nuevo local de la calle de la *Montera*? Que nos lo cuente, con desgarrado humor, C. Solsona —en su folleto *El Ateneo de Madrid*, notas humorísticas, Madrid, 1882:

«El salón de lectura estaba formado por dos habitaciones espaciosas, y la estantería llena de tres lienzos de pared con tomos en folio y armarios de revistas. Pueblan aquel recinto lectores de periódicos inclinados sobre las mesas anchas, bajas, larguísimas, inmensas, y destaca un bando-decreto del bibliotecario, que dice así:

"Si no cesa el abuso, daré parte a la Junta." ¿A qué abuso se refiere? Sin duda a todos los que se cometen en esta clase de lugares entonces, ahora y en todos los tiempos: a las viñetas sustraídas, a las hojas mutiladas y arrancadas, etc.»

Tengo la sospecha de que, en efecto, como cree Solsona, en la Biblioteca del Ateneo se siguen arrancando viñetas y grabados, páginas enteras...

Resulta sumamente emotivo el recuerdo de don Rafael María de Labra —en su libro *El Ateneo de Madrid*, notas históricas, 1835-1905—, dedicado a cuantos él recordaba, constantes huéspedes de la Biblioteca:

«Todavía veo en la estrecha biblioteca (se trata del Ateneo de la calle de la *Montera*, 1878) a Federico Balart, con su larga melena y su prematuro levitón, sorbiéndose los trece tomos de *Le vite dei piu eccellenti pittori scultori e architetti*, de Vasari, o tomando notas del *Diccionario Filosófico* de Voltaire. El pobre Godoy Alcántara aparéceseme rodeado de las colosales entregas de los monumentos arquitectónicos de España y de los grabados de *L'Architecture*, de Gailhabaud, tratando de rectificar, a despecho de su embarazosa lengua, los errores de los críticos a lo Planché. En una esquina surge la figura inmóvil de un honrado y discretísimo comerciante, allí esculpido, por espacio de quince años, y que como a cargo de conciencia tomó la empresa de leer todos los libros ingleses y alemanes del Ateneo. Revolviendo los libros con verdadera fiebre, aparece el elocuentísimo Moreno Nieto, apercibiéndose para refuir las grandes batallas con los economistas, con los krausistas, con los demócratas, con los socialistas, con los doctrinarios, con los realistas..., con todo el mundo, con el genio del debate, con el espíritu de la contradicción, que empezó por ser contradicción él mismo —sus ímpetus y su carácter, su cabeza y su corazón—, y que va consumiendo en esa titánica empresa una vida tan exuberante como prodigiosamente simpática. Allí, en otro extremo, el laborioso Costanzo, el compatriota de Cantú, el mísero emigrado envuelto en su capotón de rotas pieles, concluyendo la cuartilla mil y tantas de aquella obra de literatura latina, que un espléndido editor recompensó con ¡ochocientos reales!

Los veo a todos, sí, a todos, abstraídos, preocupados, siempre en el mismo sitio, infatigables bajo la lámpara de Fausto; y los veo de repente levantar la cabeza en son de protesta contra el vocerío y las voces del corredor vecino, donde Camús, con su blanca tijera y en medio de una treintena de excitados oyentes, hace las siluetas de nuestras modernas personalidades... Allá va Monroy, con su negra y ensortijada cabellera, la nariz al aire, el andar suelto y prendidas las gafas de oro; por el otro lado se desliza Castelar, con dos o tres tomos de Ozanan, con la inmortal *Ciudad de Dios*, y la *Historia Eclesiástica*, de Fleury, bajo el brazo, esbozando en su poderosa fantasía una de aquellas electrificadoras lecciones sobre la civilización en los primeros siglos del Cristianismo. Morón, con el paso apresurado y dando vueltas a una ligera caña, como el gran tambor mayor de Heine, en voz alta ajusta cuentas con la Biblia, que por su lado analiza, desmenuza y comenta uno de nuestros cónsules en Oriente, de tal suerte que el público llega a dudar muy de veras de que haya existido hasta Judea. Sentado majestuosamente en el extremo de la mesa de los periódicos, revisa don Antonio de los Ríos Rosas, con los lentes puestos en la misma punta de la nariz, las columnas del *Journal des Debats*; y con los chicos bondadosamente discurre, a la puerta de la Casa, don Ramón Llorente, maestro de casi todos los hombres que hoy

cuentan más de treinta años y han estudiado las primeras letras o cursado la segunda enseñanza en aquel Madrid del Colegio de Massarnau. Forman corro cerca del famoso botijo, conversan, entre los economistas, Gabriel Rodríguez, sin barbas, y Joaquín Sanromá, con las de un capuchino. En el quicio de la puerta, el amable, el tierno Fulgoso, trata de desembarazarse de aquel inquieto anciano, cuyos últimos años corrieron bajo el deseo de ocupar la gran cátedra, para desde ellas decir algunas cosas en familia, aprovechando la acostumbrada presencia de uno de sus más empingorotados y desdenosos parientes, y asediado por la necesidad de llevar ante los tribunales de justicia al elocuente Galiano, que en notas de un libro inglés había negado la existencia del Cid, de quien en línea recta descendía el demandante, reducido por el ilustre comentador al incomfortable carácter de mito. Probable el eminente orador de *La Fontana de Oro*, el Sena con agudezas y epigramas, de que sólo oyéndoselos puede tenerse idea, y atajándole el camino, salía la lentísima e irónica palabra del consejero Gallardo, a quien todo el mundo llamaba simplemente don Manuel. Moret aparecía con la frescura de la adolescencia, y los serenos ojos de don Nicolás Salmerón vagaban buscando el cielo de aquella cárcel.»

Y de la Biblioteca en esta época, el propio don Rafael María de Labra escribe en 1905:

«Ultimamente el bibliotecario pudo dedicar en un año (1876) 33.709 reales a libros y suscripciones a periódicos extranjeros; 5.684 a periódicos nacionales, y 4.632 a encuadernaciones; de esta suerte, en sólo dos años (1874-1876), la Biblioteca se aumentó por compra o por donativos, en 867 volúmenes, y se pudo hacer el tercer catálogo que lleva la fecha de 1873 y que acusa una existencia de más de 12.000 volúmenes, a la cual han contribuido singularmente: primero, los legados que de sus respectivas bibliotecas hicieron, en 1868, el señor Barros, y en 1872, el señor Gallardo (don Manuel), la una de 200 y la otra de 402 libros; después el cambio de obras (mediante donativo de las propias por parte de varios socios del Ateneo) con algunas Asociaciones de Portugal, como la Academia de Ciencias de Lisboa, el Gremio Literario, la Universidad de Coimbra y la Biblioteca Nacional Portuguesa (hecho debido a la intervención del señor don Angel Fernández de los Ríos, representante de España en Portugal); luego, la Real Orden de 1872, por la que "teniendo el rey (don Amadeo) en cuenta los servicios prestados por el Ateneo a la causa de la civilización y de la cultura españolas, le concede un ejemplar de cada una de las obras que se hubiesen adquirido o que se adquiriesen en lo sucesivo por el Ministerio de Fomento con los fondos destinados al de las Letras y las Artes". Y por último, las donaciones individuales y parciales de los ateneístas que favorecen al Ateneo, ora con sus propias obras (y éstos son muchos), ora con otras que adquieren con tal propósito.»

★ ★ ★

El año 1850 tuvo para el Ateneo dos motivos «de satisfacción interior»: la aprobación de unos nuevos Estatutos —los anteriores fueron aprobados en 1836— y la publicación del segundo *Catálogo de los libros existentes en la Biblioteca del Ateneo de Madrid*, y primero entre los impresos, ya que el ordenado por Mesonero Romanos permanece manuscrito, y a él me he referido

anteriormente. Precisamente el artículo 5.º de los nuevos Estatutos ordenaba: «Tendrá también el Ateneo una biblioteca y un gabinete de Física, otro de máquinas y un laboratorio químico, a fin de reunir cuantos libros, periódicos nacionales y extranjeros, máquinas y aparatos puedan adquirirse por compra o donación.» Este segundo Catálogo tiene apenas modificaciones en relación con el de 1842, manuscrito salvo, claro está, el aumento considerable de libros adquiridos y recibidos entre 1842 y 1850; aproximadamente tres millares. Pero el crecimiento de la Biblioteca fue más rápido a partir de 1850, hasta el punto de que en 1857 hubo de publicarse el tercer Catálogo, y segundo impreso; dirigida la edición por el bibliotecario don Juan Godoy Alcántara, quien redactó esta interesante nota preliminar.

«El constante aumento de la biblioteca del Ateneo, que casi ha duplicado el número de sus volúmenes desde que se imprimió el último Catálogo (1850), hacía ya indispensable la formación de uno nuevo. No bastante numerosa, sin embargo, para justificar una minuciosa clasificación analítica, hemos preferido acumular materias análogas en secciones generales que faciliten el pronto conocimiento de las obras que en cada ramo contiene. No siendo ésta de las bibliotecas que ofrecen interés al bibliófilo por componerse en casi su totalidad de ediciones modernas, no hemos descendido a los detalles que en señalamiento de la edición aquél exige, y que en este caso no habría servido más que a dar inútilmente una considerable extensión al Catálogo. Cuando están coleccionadas o se comprenden en una edición todas o diferentes obras de un autor de vario o múltiple carácter, le hemos clasificado por el dominante; así por ejemplo las de Xenofonte y Mariana se hallarán en la sección de historia, y las de Chateaubriand en la de literatura. En los *anónimos* hemos comprendido las obras que aparecen bajo iniciales, las redactadas colectivamente por muchas personas cuando ninguna de ellas se presenta como director, y las de procedencia oficial, cuando no emanan expresamente de determinada dependencia del Estado. Por último, un índice alfabético de autores colocado al final hará que al punto se encuentre el autor que se busca, cualquiera que sea la sección en que se halle clasificado.»

Naturalmente este Catálogo pretende ser «sistemático y metódico»; pero el señor Godoy Alcántara proyectó una «sistematización» un tanto caprichosa, ayuno de las normas internacionales. Y así, estableció las siguientes secciones.

I. *Hierología*. (Teología, Santos Padres, Escritores místicos, Liturgia, Oratorias Sagradas).

II. *Ciencias Exactas y naturales*. (Incluidas Farmacia, Higiene y mecánica).

III. *Geografía y viajes*.

IV. *Historia, biografía y Arqueología*.

V. *Literatura, Elocuencia académica, Epistolarios*.

VI. *Bellas Artes, Lexicografía, Pedagogía, Filosofía, Moral.*

VII. *Ciencias políticas, económicas y sociales.*

VIII. *Jurisprudencia y Legislación, Elocuencia forense.*

IX. *Bibliografía, Periódicos, Miscelánea.*

Clasificación, insisto, caprichosa y errónea en varios apartados, pero que ya delata noble afán de ordenación metódica para los libros. Dato curioso el notable ensayista y ateneísta ilustre, don Victoriano García Martí, durante más de cincuenta años casi plenamente vividos en el Ateneo, donde desempeñó muchas veces cargos distintos —secretario primero, secretario segundo, vocal—; en su libro *El Ateneo de Madrid 1835-1935*, Madrid, Dossat, 1948, recoge el dato, *sin corregirlo*, de que «el segundo Catálogo lo hizo público al insigne bibliotecario señor Moreno Nieto en 1873». Y ya he indicado que, además del Catálogo *no impreso* atribuido a Mesonero Romanos, hay dos Catálogos *impresos* anteriores al de Moreno Nieto de 1873: el de 1850 y el de 1857.

Sumamente interesante es el *Catálogo de las obras existentes en la Biblioteca del Ateneo Científico y Literario de Madrid*, aparecido en 1873, y dirigido, y quizá redactado, por el bibliotecario —entonces— de dicho centro cultural don José Moreno Nieto (1825-1882), nacido en Siruela (Badajoz) y muerto en Madrid, académico de la Real de la Historia, catedrático de lengua árabe, rector de la Universidad de Madrid, diputado, director general de Instrucción Pública, conferenciante famoso, de particularísima importancia en la historia del Ateneo, del cual fue, además de bibliotecario, presidente, y por el cual trabajó infatigable multiplicando las cátedras y aumentando considerablemente los fondos de la Biblioteca. Su Catálogo es en verdad «sistemático», y se ajusta casi por completo a las modernas directrices de la catalogación universal de los libros. Comprende las siguientes secciones:

I. *Ciencias teológicas. Mística. Liturgia. Historia del Cristianismo. Religiones paganas.*

II. *Filosofía. Moral. Historia de la Filosofía. Civilizaciones.*

III. *Política. Ciencias Jurídicas.*

IV. *Legislación y Jurisprudencia.*

V. *Ciencias sociales.*

VI. *Ciencias históricas.*

VII. *Geografía y viajes.*

VIII. *Matemáticas. Geodesia. Obras Públicas.*

IX. *Ciencias naturales. Ciencias físico-químicas.*

- X. *Arte. Filosofía del Arte. Retórica y Poética. Elocuencia.*
- XI. *Buenas Letras. Ciencia del lenguaje. Lingüística. Filología.*
- XII. *Bellas Artes. Artes Plásticas. Música. Declamación.*
- XIII. *Enseñanza. Cultura general. Imprenta.*
- XIV. *Bibliografía. Biografías literarias.*
- XV. *Miscelánea.*
- XVI. *Publicaciones periódicas.*
- Índice de autores.*

El Catálogo tiene 609 páginas, en octavo. Y suma alrededor de trece mil volúmenes, en su mayoría encuadernados decorosamente. Detalle curioso: falta en este Catálogo una de las obras fundamentales de don Ramón de Mesoneros Romanos: *El Antiguo Madrid. Paseos históricos y anecdóticos*, 1861. Incomprensible si se recuerda la enorme significación ateneísta de Mesonero Romanos —¡como que fue uno de sus más esforzados fundadores y mantenedores!— y bibliotecario de él desde 1837 a 1840, y que mientras vivió en plenitud de facultades físicas no dejó transcurrir un día «sin darse una vueltecita por su amado Ateneo».

El Catálogo de Moreno Nieto fue el último impreso por el Ateneo. ¿Causas de esta interrupción incomprensible? «Desde entonces (1873) —escribe García Martí—, el coste, cada vez más elevado, de una publicación de este género, impedido que se lleve a cabo.» Naturalmente, la precedente anotación avala el tiempo comprendido entre 1873 y 1948. Mucho más próxima a la primera fecha que a la segunda, hubo un acontecimiento importantísimo: la inauguración del nuevo Ateneo, ya en un magnífico —para la época— edificio propio. Es imprescindible la referencia muy concreta a él, pues que en este nuevo domicilio la Biblioteca alcanzó nutrición y fama extraordinarias.

* * *

El «éxito» y el crecimiento del Ateneo fue tal entre los años 1848 y 1880, que hizo pensar, a cada una de las Juntas Directivas que se sucedían, la necesidad de un pronto traslado a local mucho mayor. Mejor aún: la construcción de un edificio amplísimo dedicado totalmente a la docta y pintoresca y fecunda Institución. Nadie se encontraba a gusto en los viejos y reumáticos locales de la calle de la *Montera*, cuyos suelos crujían al paso y rechinaban a la labor de zapa de las termitas; cuyas paredes mostraban desgarrados y descoloridos y moteados por las moscas los papeles; cuyos altos techos, negreados por los humos, se descascarillaban y amenazaban dejar caer unas lámparas pesadotas de metal sucio; cuyos muebles mostraban su ancianidad decrepita, desvenci-

jados y destripados los butacones con mucho lustre de seborrea humana. Además, los archivos y la biblioteca habían crecido tanto que se desbordaban por los pasillos y penetraban en las habitaciones más pequeñas, oscuras y apartadas.

Es curiosísima la lectura del *Informe* sobre la Deuda Hipotecaria del Ateneo de Madrid, emitido en 1913, porque en él son recordados pormenores del mayor interés. ¡Dios Santo! ¿Sería posible que el Ateneo poseyera «nada menos» que un palacete propio? «La satisfacción y el entusiasmo llegaron a tanto que surgió la idea ya de trasladarse a un gran local como los que entonces se construían y que luego han servido para el Hotel de París y el Restaurante de Fornos. Se llegó a pensar en edificar un palacio propio para el Ateneo. Los proyectos fueron numerosos y nadie estaba satisfecho de los viejos salones de la calle de la *Montera*. Como siempre ocurre, el pensamiento de la construcción de un palacio arredró a los tímidos, y el principal abogado de la iniciativa —el socio señor Cortijo— exponía el proyecto de adelantar un capital en acciones amortizables en veinte años. Se pensaba nada menos que en un palacio de las Letras, donde pudieran albergarse las Academias que no tuvieran local y los conferenciantes de todo género. Entonces no faltaron asombros y risas, pero el tiempo se encargó de confudir a los descreídos. En aquel Ateneo del botijo de barro y de la burda, estera se llevó la audacia hasta pedir la libertad para el juego del tresillo y reclamar el servicio de chocolates y cenas a cuenta de la casa... Gracias a la presidencia de Cánovas volvió a renacer el proyecto del nuevo edificio, y se logró que en el año 1881 el Ateneo, en Junta general extraordinaria, celebrada el día 2 de noviembre de aquel mismo año, se acordase emitir un empréstito de 400.000 pesetas, representado por 800 cédulas de 500 pesetas cada una, destinando su producto a la adquisición de un nuevo edificio social. El 26 de noviembre del mismo año se acuerda ampliar el empréstito a 500.000 pesetas, y se ofrecieron a la suscripción pública mil títulos denominados Cédulas Hipotecarias del Ateneo de Madrid, a 500 pesetas cada una.

La construcción de un palacete para el Ateneo fue bastante rápida: entre 1882 y 1884. Por noticias recogidas en la prensa, «todo Madrid» estaba interesadísimo por aquella construcción en pleno barrio de las Musas, donde habían nacido, vivido, «brujuleado», escandalizado, asombrado y muerto tantos ingenios de las letras, tantos actores famosos: Lope, Cervantes, Quevedo, Rojas, Zorrilla, Moratín... Tan viva curiosidad determinó que fuera frecuente comprobar cómo, de la mañana a la noche, ante las obras que crecían, crecían, permanecían grupos de viejos y jóvenes ateneístas, atentos y divertidos, inclusive cruzándose apuestas acerca de la fecha de su terminación. Por fin el 31 de

enero de 1884 quedó cerrado el Ateneo de la calle de la *Montera*... con enorme nostalgia de los viejos ateneístas. Y «el todo» Madrid expectante saltó de júbilo al enterarse de las características de la nueva mansión del Ateneo. ¡Portal amplísimo y señor revestido de mármoles y con un bello artesonado! ¡Suntuosa escalera de mármol abierta en dos brazos! ¡Salón para conferencias y cátedras pintado por Mérida y decorado por Guerrero! ¡Muchas y grandes esculturas de los dioses griegos más comprometidos con la Cultura! ¡Largas y amplísimas galerías decoradas por Maureta, que admitían los largos paseos meditabundos o dialogados, las sosegadas permanencias en arrinconados butacones! ¡Pinturas —en medallones— con alegorías de las Ciencias, las Letras y las Artes! ¡Ah... y tres enormes salones decorados con maderas nobles y pinturas bellas, amueblados con «un lujo asiático», y destinados exclusivamente a la conversación, ya amical, ya controversista! ¡Y un salón, exclusivamente para las revistas y diarios, con magníficos armarios y asientos... «muelles»! En fin, un auténtico «palacio de las mil y una noches», según la desbordada fantasía de los madrileños, a la que no pusieron freno los orgullosos ateneístas.

García Sansegundo, en su folleto *El Ateneo Científico, Artístico y Literario de Madrid*, escribe:

«En este palacio propio del Ateneo ocupa una extensión de 14.000 pies escasos. Tiene una entrada muy vistosa por la calle del *Prado*, y en su fachada, de dos pisos altos, aparece el número 21 de la casa. Esta, que en su parte anterior en un poco estrecha (sobre siete metros de ancha), se desarrolla y amplía grandemente a los cincuenta metros ocupados por el vestíbulo y las escaleras que conducen a la planta baja interior del palacio y a las oficinas de la Secretaría, salón de la Directiva, Biblioteca y Sala de Revistas y periódicos ilustrados. En la parte baja está el *Gran Salón de Actos*, los salones de conversación y los amplios claustros, cuya parte superior ocupa la galería de retratos de ateneístas eminentes.»

El 31 de enero de 1884 quedó inaugurado el palacete nuevo del Ateneo. Que, «por cierto», fue denominado por los comentaristas «Ateneo de Cánovas» (posiblemente por ser Cánovas del Castillo «autor» de la gran obra *La Restauración*, y ser el palacete *realidad* alcanzada durante la monarquía restaurada como al Ateneo de 1835 se le llamó «el de Rivas», y al de 1870 «el de Castelar». Tres etapas perfectamente determinadas, significadas en tres de sus mejores españoles: Romanticismo, Melodramatismo y Conservatismo. En la solemnísimas «función» de inauguración, exigida la rigurosa etiqueta a damas y caballeros, asistieron los reyes, la aristocracia, el cuerpo diplomático, la política, la intelectualidad y el arte. Pronunció un excelente discurso el presidente «de la docta casa», don Antonio Cánovas del Castillo, que fue muy aplaudido y al

que contestó, breve y noble, S. M. D. Alfonso II. Del discurso de Cánovas conviene recordar un párrafo de suma significación:

«Hijo de la iniciativa previsora de la Real Sociedad Económica Matritense, no hemos de regatearla la gratitud debida, dejando en la oscuridad hoy el gran servicio que, al prestárnoslo a nosotros, prestó a las luces, persistiendo en las altas miras con que la fundó el más progresista de nuestros gobernantes hasta ahora que ha sido, sin duda, Carlos III. Pero, una vez establecido, no puede menos de reclamar para el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (que con estos tres caracteres se inició) la prioridad y supremacía sobre cuantas asociaciones de su índole se han conocido en España después. Por largo plazo hemos sido los únicos que, sin auxilio del Estado, tomáramos eficaz participación en la alta enseñanza.»

La Biblioteca quedaba magníficamente instalada en este palacete, ocupando varias salas y algunos corredores. Y fueron dos, amplísimos y con mucha luz los gabinetes de lectura. De ellos escribió el excelente escritor y ateneísta distinguido, don José de Castro y Serrano, asistente entusiasta al acto de la inauguración.

«El Ateneo de Madrid posee una de las mejores bibliotecas particulares de España. Los doce o trece mil volúmenes que pueblan sus armarios son riquísimos en ciencias filosóficas y filológicas, en obras ilustradas y revistas. Estas últimas, sobre todo, constituyen una colección inapreciable. Hoy se da la postrera mano a un catálogo científico de los libros del Ateneo y se proyecta el índice de los artículos de las revistas; en cuanto esto se termine, no podrá emprenderse obra alguna moderna sin recurrir a aquel arsenal del ingenio contemporáneo.»

No hay la menor exageración en afirmar que el Ateneo alcanzó su época áurea entre los años 1884 y 1923. Años con existencia vibrante, efervescente, fecundísima, apoyada en conferencias importantes, controversias famosas, libros de mayor interés y... ¡hasta escandalazos, la mejor salsa para los guisos de los que se alimentan los afanes científicos, literarios y artísticos! Pero siendo impresionante el número de las conferencias pronunciadas, de los cursillos desarrollados acerca de las más variadas y sorprendentes materias, de las controversias cuya tensión tremenda llegaba a los más apartados lugares de la geografía hispana, de los conciertos y de las exposiciones organizados, inclusive de las publicaciones aportadas como se eslabonaron en la vida áurea del Ateneo, sin que olvidemos que la política gobernante y «en olor de oposición» se confeccionaban y del Ateneo salía *disparada*; la verdadera importancia del Ateneo enraizó principalmente en la soberbia Biblioteca, abierta por voluntad unánime de sus socios, desde las nueve de la mañana hasta las dos de la madrugada. Las salas de esta Biblioteca estaban repletas de lectores, hasta el punto de que muchos de ellos, esperando turno para ocupar los asientos ante los pupitres que fueran quedando libres, se derramaban por las galerías y pa-

sillos, formando grupos discutidores o estudiando por tríos, parejas o a solas en rincones y pasadizos. En esta Biblioteca escribieron muchos de sus libros los ingenios más preclaros: Ganivet, Campoamor, Núñez de Arce, «Fernanflor», Roque Barcia, Cotarelo Mori, Maeztu, Joaquín Costa, Julio Cejador, Palacio Valdés, «Clarín», la Pardo Bazán, «Azorín», Navarro Ledesma, Bonilla San Martín, Andrés González-Blanco, Victoriano García Martí y tantos otros... En esta Biblioteca escribían a diario sus mejores artículos de prensa quienes eran dirigentes respetados de la *opinión pública*: Manuel Bueno, Salvador Canals, José Francos Rodríguez, Roberto Castrovido, Luis Bello, Luis de Zulueta, Luis de Araquistáin, Ramón Pérez de Ayala, Luis Antón del Olmet, Eduardo Gómez de Baquero «Andrenio», Dionisio Pérez, José Cuartero, José de Laserna, Enrique Díez Canedo, Enrique de Mesa, Astrana María Julio y Francisco Camba, Luis López Ballesteros, Luis Araujo Costa... A esta Biblioteca acudían a templar sus nervios y a renovar sus fuerzas y argumentos intelectuales —agotados en las fogosas controversias de aquellos salones denominados *La Chacharrería* y *El Senado*— los más conocidos y reputados políticos: Canalejas, Moret, Pidal, Burell, Morote, Romanones, Carracido, el Vizconde de Eza, el doctor Simarro, el doctor Maestre, Royo Vilanova, Francos Rodríguez, Rafael M. de Labra, Alfredo Vicenti, Gasset, el marqués de Valdeiglesias, Antonio López Muñoz, López Monís, Adolfo Posada... En pocas palabras: entre los años 1884 y 1923 toda la fuerza intelectual de España —para gobernarla, para «poblarla» de libros importantes, para mantenerla en trance de pasión por medio de conferencias, cursillos, conciertos y exposiciones de arte— tuvo su más claro y fecundo manantial en la Biblioteca del Ateneo.

Me permito reproducir una interesante evocación de esta Biblioteca, en tales años, escrita por Victoriano García Martí:

«La Biblioteca, con sus dos viejos bibliotecarios, Maestres y el gallego Iglesias, y Matías Vilanova, joven todavía con la barba negra, bravo soldado de Cuba, laureado de San Fernando, tan queridos de todos, se veía concurridísima; don Joaquín Costa, ya paralítico, se hacía conducir diariamente a la Biblioteca, donde permanecía desde las nueve de la mañana, en que se abría, hasta la una de la madrugada, haciendo allí mismo algunas comidas frugales, que le servían de algún café de la calle del Prado. Quedó en nuestro espíritu como un fuerte estímulo, cuando comenzábamos en la vida, el ejemplo de aquel hombre de hierro, que veíamos días enteros rodeado de libros y notas.

En las noches de invierno, totalmente iluminadas las lámparas de los dos salones de la Biblioteca, cayendo la luz de cada lámpara sobre cada pupitre, cubiertas las luces con pantallas verdes, aparecían totalmente ocupados los asientos de ambos salones —uno de ellos disfrutando de estufa— y teniendo que aguardar turno, esperando la ausencia de algún lector, para poder sentarse. Solían verse, entre las figuras prestigiosas y conocidas, a don Joaquín Costa, inclinado su amplio y recio

busto sobre el pupitre y enmarcado entre pilas de libros, que desde el suelo llegaban, a uno y otro lado de su persona, a la altura de sus hombros. A don Segismundo Moret, los días que le correspondía actuar en el salón, dando los últimos toques a su conferencia, evacuando alguna cita, consultando algún detalle ínterin; los timbres llamaban apremiantes al salón, y Moret, con toda calma, preparaba estos últimos detalles de las conferencias, siempre pronunciadas, porque entonces no era frecuente colocar los papeles en el atril, y recitar de memoria la conferencia que se tiene escrita delante. Podía verse al doctor Maestre preparando sus escritos de polémica con el Padre Zacarías Martínez, ilustre agustino de El Escorial. A don José Carracido, que transitaba ojeando algún libro nuevo recién presentado en la vitrina. A don José Casares, que regresaba o marchaba al extranjero. A Manolo Bueno, que consultaba revistas de teatro para hacer sus críticas; a Gómez de Baquero, que escribía sus crónicas literarias en *La Epoca*. De vez en cuando, a don José Ortega y Gasset, en los comienzos de su carrera, recién venido de Alemania, nimbada ya su figura con una aureola de prestigio. A Bernardo G. de Candamo y a Pedro de Répide, jóvenes escritores muy celebrados por sus crónicas en *El Liberal*. A Andresito González Blanco, que llenaba cuartillas y cuartillas de una letra amplia y espaciada. Algunas tardes se veía también el busto femenino y ostentoso, muy encorsetado, de doña Emilia Pardo Bazán, que acababa de cesar en la presidencia de la Sección de Literatura, inclinada sobre un pupitre y otras veces levantaba la vista, mirando a su alrededor a través de sus impertinentes. Y, por último, registremos la presencia de Antonio Dubois, con su perfil romántico, única barba que por entonces había entre los jóvenes del Ateneo, con su marferlán, preparando entonces unas oposiciones que luego había de abandonar para entregarse por entero a derramar su ingenio en las tertulias de los pasillos y en el salón de conferencias, presidiendo las Secciones de Ciencias Morales y Políticas; de don Tomás Elorrieta, joven catedrático de Derecho Público, que repasaba revistas referentes a las materias de su enseñanza; de Ramiro Ledesma Ramos, casi un niño, sin abandonar nunca su pupitre, llenos de libros y de notas; de Melchor Fernández Almagro, lector infatigable, acusando su personalidad como escritor desde los primeros años; de Luis Calvo, lleno de inquietud intelectual; de Sainz de Robles, de Elías de Tejada... Y de tantos y tantos otros...

Hay que insistir en que la Biblioteca del Ateneo, durante aquellos años áureos, tuvo una doble significación: la de ser «horno vivísimo» de altos estudios y la de ser órgano magnífico de información y de preparación para oposiciones.

«Ha habido momentos en que se atendió más a lo uno que a lo otro; pero, en general, no sólo ha sido una Biblioteca de altos estudios, sin Centro de preparación para el ingreso en los cuadros de la Administración del Estado y en el Profesorado, respondiendo con ello al doble carácter de los socios del Ateneo: socios que consagran su actividad y hasta su vida a estudio desinteresado, y socios transitorios que sólo van buscando la información necesaria para una instalación en la vida con fines inmediatos. En uno y otro aspecto la Biblioteca del Ateneo ha prestado importantes servicios a la cultura nacional. Se trata de una Biblioteca viva por la cantidad de los concurrentes, por las horas de servicios, todo el día y parte de la noche, e incluso por las condiciones del personal, tan experto y amable en el desempeño de su cargo.»

Pero, aun no olvidando cuanto acabo de manifestar, y precisamente por la categoría que se había otorgado a la Biblioteca del Ateneo, ya en 1905, don Juan Gualberto López-Valdemoro, conde las Navas, en su *Memoria* como bibliotecario, apuntó la necesidad imperiosa de una reforma en aquélla. Esta reforma se pidió al amparo del nuevo Reglamento de la Casa, promulgado el 1 de enero de 1900 —siendo presidente don Segismundo Moret—, en cuyos artículos 80 a 90 se ordenaba:

«La Biblioteca y los gabinetes de lectura están bajo la inspección inmediata del socio bibliotecario, al cual auxiliará, para su desarrollo y mejoramiento, una Comisión de cuatro socios, designadas por la Junta de Gobierno, y por él presidida, debiendo ser objeto preferente de atención la continuación del Índice y del Catálogo. Todo socio tiene derecho a pedir a la Junta de Gobierno la adquisición de obras y la suscripción a periódicos y revistas, consignando su petición en un libro a este objeto destinado. Cuando esté firmada por doce socios y la Junta de Gobierno no hubiese creído oportuno atenderla, podrá cualquiera de los socios firmantes pedir la explicación de la negativa en la primera Junta General que se celebre, y ésta acordará o denegará definitivamente lo solicitado. En prescripciones aprobadas por la Junta de Gobierno a propuesta de bibliotecario, y que estarán expuestas siempre al conocimiento de los socios, se establecerá la duración y forma del servicio en la Biblioteca y gabinetes de lectura. Estas prescripciones se someterán a la aprobación de la Junta General. El gabinete de lectura estará abierto las mismas horas que el Ateneo. Debiendo facilitarse en la Biblioteca los libros que pidan los socios, está absolutamente prohibido que pueda sacarse libro, revista o periódico alguno fuera del establecimiento.»

En 1905 la Biblioteca ya tenía una consignación de treinta y una mil pesetas (véase *Memoria* de 1906). Pero el conde de las Navas manifestó en su *Informe* que creía imprescindibles reformas: aumentar y regularizar la adquisición de libros; ordenar sistemáticamente las obras; reformar y rectificar los Catálogos; ampliar los locales, y convertir la ya «insuficiente y antigua» Biblioteca en otra absolutamente moderna. La propuesta del conde de las Navas tuvo feliz acogida y rápida realización. La reforma se verificó en 1906; y el recuento de los libros arrojó la cifra total de 40.000 volúmenes. Pocos años después, el bibliotecario don Julián Juderías, en su *Memoria* de 1909, luego de señalar que en los depósitos había perfectamente ordenados y catalogados 42.318 volúmenes añadía:

«Conviene hacer observar, esto, no obstante, que buena parte de la Biblioteca está constituida por colecciones de revistas, y que hay necesidad de completar con obras modernas bastantes secciones del Catálogo de materias, especialmente la parte de Ciencias.»

* * *

Entre los años 1924 y 1965 conviene señalar que las actividades culturales del Ateneo fueron más o menos importantes, más o menos frecuentes, tanto en el Salón de Actos como en la segunda cátedra. Sin embargo, la Biblioteca jamás dejó de tener *importancia capital*. Sus lectores fueron, y son, incontables, fervientes; más incontables cada día. Sus estanterías fueron prolongándose casi sin interrupción, para albergar en ellas los libros adquiridos o donados. ¿Cuántos libros? En 1924: 80.000. En 1936: 100.000. En 1950: 150.000. En 1965: alrededor de 200.000. (Damos cifras *aproximadas*, pues no existiendo Catálogos recientes —impresos— resulta difícil determinar el número exacto.) El actual nos lo ha dado el director de la Biblioteca, don Antonio Luengo; así como la consignación actual de la Biblioteca para adquisición de libros.

Cierto que desde 1873 no ha sido impreso ningún otro Catálogo de la Biblioteca. Pero sus bibliotecarios mantienen *al día*, en magníficos ficheros metálicos —que pueden consultar libremente los socios— la clasificación *por autores y materias* de los libros adquiridos desde 1884. En ficheros aparte y también por materias y autores, los libros existentes antes de esta última fecha. Otros ficheros mantienen estos fondos sometidos a la universal *catalogación decimal*, ya un poco en desuso.

El Ateneo de Madrid tuvo hasta 1936 bibliotecarios nombrados con los restantes cargos de las sucesivas Juntas de Gobierno. A partir de 1939, los directores de la Biblioteca pertenecen al Cuerpo Facultativo de Archiveros Bibliotecarios y Arqueólogos del Estado. Entre los primeros hubo, casi sin interrupción, nombres de un alto prestigio literario o científico. El primer bibliotecario del Ateneo creado en 1835 (lo fueron del Ateneo de 1820-1828 Ferraz y Alcalá Galiano) fue nombrado —26 de noviembre— con toda la primera Junta de Gobierno, presidida por el Duque de Divas: don José Musso Valiente (1785-1838), político moderado y erudito importante, uno de los primeros *coleccionistas* de Academias de que se tienen noticias; fue miembro de la Real Academia de la Lengua, de la Real Academia de la Historia, de la Real Academia de Ciencias Naturales, de la Greco Latina. Bibliotecarios ilustres fueron: Ramón de Mesonero Romanos, Ramón de Campoamor, Jacinto Octavio Picón, Rafael Torres Campos, José Fernández Mourelo, Manuel Antón Ferrándiz, Felipe Binicio Navarro, el conde de las Navas, Julián Juderías, Ramón Pérez de Ayala, Enrique Díez-Canedo, Bernardo G. de Candamo.

Después de 1939 la Biblioteca del Ateneo ha tenido tres directores ya del mencionado Cuerpo Técnico del Estado: don Andrés María Mateo, doña María Elena Amat y don Antonio Luengo Mayoral.